

Colaboración Profesional

El impasse de la economía mundial en nuestros tiempos

IV

(Continuación)

Por JUAN DE LA C. POSADA

ECONOMIA REGIONAL Y REGIONALISMO ECONOMICO (1)

En estos tiempos, en que los impulsos nacionalistas parece que tratan de limitar indebidamente el desarrollo de los ideales de la cooperación internacional, podría tildarse de anticuada o de extemporánea la tesis de la cooperación económica entre zonas pequeñas de territorio. Sin embargo, esto no es así, ni se compadece con los principios de la ciencia económica y con lo que la experiencia enseña.

Aunque la impresión geenal es en contrario, no hay ciertamente oposición entre los ideales del regionalismo económico y los de la cooperación económica internacional, bien entendida. Existe entre ellos el mismo vínculo que liga los conceptos de economía nacional y economía mundial. El éxito que se obtenga en la organización de un sistema de economía mundial, depende, en gran parte, de la extensión que se dé a la organización de las economías seccionales existentes, ya sea por el Estado o por intereses privados que funcionan dentro del Estado.

Si las partes de una nación pueden cooperar eficientemente entre sí, es porque están agrupadas en zonas o municipios, los cuales, a su turno, constituyen los organismos económicos básicos, fuente del progreso característico de la nación a que pertenecen. Y si, además, estas pequeñas unidades tienden a conservar o a aumentar su importancia, es porque la cooperación humana no se ha desa-

1). Por Lucien Brocard, economista francés.

rollado nunca agrupando desordenadamente pueblos diferentes, esto es, sin tener en cuenta a qué parte del mundo pertenecen y en qué medio legal viven. La cooperación humana evoluciona en forma de círculos concéntricos, que no se perturban entre sí, antes bien, se complementan.

Las dos unidades menores, en este sistema, son la **región** y el **municipio (commune)**. Se entiende por región una subdivisión económica y política de la nación, que incluye varias municipalidades. Ambas unidades pueden variar en extensión y en grado de independencia, pero nunca se confunden entre sí: forman centros de actividad claramente separados.

El elemento básico de la economía regional y de la local o municipal, es el contacto íntimo y frecuente entre los individuos. En los municipios esto se realiza completamente, y por lo que respecta a las regiones, aunque el contacto es menos inmediato, se llega siempre a la comunidad de intereses.

De este simple hecho, surgen importantes resultados técnicos, económicos y legales, que se combinan para convertir las regiones y los municipios en unidades bien definidas separadamente.

Las gentes que viven su vida en contacto íntimo y constante entre sí, y esto ocurre especialmente en los municipios, adquieren, no solamente un cabal entendimiento de sus necesidades, sino una capacidad de trabajo en común, que busca a la vez el bien privado y el social. Este hecho le da a la municipalidad una **importancia única** que no tienen la nación, ni la economía mundial, ni en parte, la regional. El municipio es la única entidad en que ocurre la cooperación directa entre los individuos que la constituyen.

La producción, en el sentido estricto de la palabra, es esencialmente, con raras excepciones, un fenómeno regional y local. Y por cuanto la cooperación directa necesita el contacto íntimo y constante entre los individuos, interesados, o por lo menos un fuerte sentimiento de proximidad y compañerismo entre ellos, se sigue de aquí que los habitantes de cada región o localidad, procuran usar, en la mejor forma posible, todos los recursos naturales y los talentos que tienen a la mano. Pero como cada región quiere poseer variedad de recursos y de talentos resulta que dentro de ellas se desarrolla una actividad económica diversificada. Los diferentes negocios y profesiones se apoyan entre sí mutuamente, complementándose.

Por consiguiente, las gentes del orbe no sólo están lejos de desarrollar un adivisión de trabajo internacional, que podría servir para dotar cada país de industrias especializadas, adecuadas a su medio ambiente, sino que operan o funcionan sin principios de especialización local o regional. En cada región o municipio existe una economía muy compleja; pero más compleja aún es la estructura económica de la nación, la cual se complica más y más, a medida de su riqueza en recursos naturales y de la eficiencia en la explotación de dichos recursos.

Esta condición no impide, sin embargo, el intercambio de muchos de sus productos, entre regiones y países. En realidad, el volumen de estos cambios parece que crece en razón directa de la complejidad de los organismos económicos de cada unidad. Por este procedimiento pueden las regiones y los países proveerse de los productos que escasean en su territorio, en cambio de los que poseen en exceso de sus necesidades.

Esta orientación de la economía local o regional ha producido una situación de gran desarrollo en el sistema de cambios entre las regiones y los municipios. La mayor parte de los productos de las regiones provienen de su suelo y subsuelo, y antes de salir, son objeto de múltiples transacciones locales. Tales productos, que en parte se consumen en el lugar de su origen, se venden a precios que corresponden aproximadamente a los costos de obtención.

Por consiguiente, en cada zona o municipalidad, los precios están más íntimamente relacionados entre sí, que con respecto a las zonas vecinas. Un precio único, para un artículo cualquiera, que es lo que caracteriza el ideal económico de un mercado, es más fácilmente alcanzado dentro de una zona dada que dentro de varias. Por lo tanto, la municipalidad constituye el **único mercado verdadero**. Naturalmente, dentro de una zona dada, las municipalidades se influyen entre sí, y esto da origen al mercado de una región. Pero sucede que la acción de las regiones entre sí, en una nacionalidad, se debilitan mucho más aún, hasta constituir lo que se denomina "un mercado geográfico".

Estos grupos locales de productores, compradores y vendedores, se encuentran separados por fronteras vagamente definidas o indeterminadas, y al confundirse, en parte, unas con otras, no son distinguibles sino por sus centros, que están constituidos por una ciudad o por un grupo de ciudades afines. En este sentido, contrastan

con las naciones, las cuales generalmente no tienen centros bien definidos, y sí fronteras, más o menos difíciles de franquear. Las unidades locales tampoco están desprovistas de centros, que marcan sus respectivos territorios, dentro de los cuales funcionan diversas autoridades que colectan impuestos, erogan los gastos públicos, etc., con lo cual se completa la individualidad económica, característica de cada una.

Sin embargo las municipalidades y las regiones no solamente se diferencian por sus aspectos económicas, físicas y legales, sino también por sus características humanas, esto es, por la densidad de su población y por el número y tamaño de sus pueblos y ciudades. La actividad económica de una región es función de su población, y recíprocamente, a medida que aumentan las actividades, acuden las gentes. Entre regiones pobres y ricas; entre las de industrias sencillamente agrícolas y las de industrias fabriles complejas, hay diferencias considerables, a este respecto.

Hay, también, diferencias notables, cuando se estudia la población, no bajo el punto de vista cuantitativo, sino en sus modalidades distintivas. Aún en el caso de grupos mal integrados, se encuentra en cada región mayor homogeneidad que entre localidades grandemente separadas entre sí. Los habitantes de una misma región, hablan siempre la misma lengua, con igual acento, y tienen entre sí comunidad de ideas, de gustos, de hábitos, todo lo cual origina la diversidad de regiones, aun dentro de un mismo país. No todos los belgas, todos los suizos, todos los canadienses, hablan una misma lengua. De una región a otra, la cadencia, el acento y la entonación del lenguaje cambian, junto con la reacción mental que depierrtan unos mismos sucesos.

Además, aunque en todas las regiones y en todos los países hay mezclas de razas, se observan grandes variaciones, a este respecto, entre esas entidades geográficas. Si es cierto que el tipo étnico de un país es generalmente vago, se encuentra, sin embargo, mucho más claramente definido en los municipios y en las regiones. El flamenco no se confunde con el valón, ni el lorenés con el provenzano, y sin embargo, dentro de cada región de estas hay muchos puntos de semejanza.

Cuál es la causa de estas diferencias y semejanzas? Ya se dijo atrás: proviene de la proximidad y contacto permanente entre los individuos, que les da oportunidad de cambiar ideas, de verse,

de oírse, con lo cual se colocan bajo la influencia de unas mismas fuerzas sociales, profesionales y geográficas, que los amoldan a un mismo patrón. La proximidad favorece un hecho más trascendental todavía: el matrimonio que une las familias, y que por la fuerza de la herencia, distribuye en toda la comunidad los rasgos biológicos y psicológicos, que van acentuando el individualismo étnico de cada comarca.

Obtenida así, en los municipios y regiones, una bien desarrollada unidad étnica, económica y legal, se llega a un estado de solidaridad fuerte, que se manifiesta por el hecho de que en cada zona, todas las industrias, las empresas, los servicios públicos y las clases sociales son interdependientes y se ligan por intereses comunes con fuerzas superiores a las que unen regiones distanciadas. Es tan íntima la solidaridad, que la prosperidad o el infortunio las afectan por igual. Esta solidaridad interna no impide, sin embargo, que se formen poderosos núcleos inter-regionales, aunque nunca tan vigorosos. Algunos municipios o regiones se desarrollan rápidamente, dentro de los grupos, mientras que otros permanecen estacionarios o decaen.

Esta solidaridad interna es el resultado de la acción conjunta de todas las fuerzas hasta aquí enumeradas. Los factores físicos y técnicos conducen a la explotación, en común, del territorio, por medio de industrias que disponen mutuamente de materias primas y de mercados; los factores económicos, que obran sobre sistemas de precios homogéneos en el mercado regional, afectan cada industria, al mismo tiempo y con igual intensidad; los factores legales y fiscales, unen entre sí los habitantes, en el área administrada, puesto que todos tendrán que soportar el peso de los impuestos y aprovecharse de las inversiones públicas de los fondos así obtenidos, y finalmente, el factor humano facilita la cooperación y grava sobre la solidaridad económica un sello de simpatía mutua, que bien pudiera denominarse **patriotismo local**.

Estos elementos constitutivos de la economía local y regional, se encuentran en todas las comarcas del mundo moderno, a través de toda la historia, y continuarán obrando de igual manera, en lo futuro, puesto que la cooperación humana y su organización, muestran características permanentes, íntimamente relacionadas a la inmutable naturaleza de la psicología del hombre, y al medio ambiente geográfico en que vive. No obstante, la rapidez de la e-

volución económica en los últimos tiempos, alterará profundamente este estado de cosas, en forma no siempre bien entendida, y en dos direcciones opuestas: de un lado, tiende al debilitamiento del efecto de las fuerzas creadoras de la economía regional, y del otro, y por diferentes vías, a fortalecerlo.

Las influencias que actúan en el primer caso, son las que tratan de acrecentar la esfera de la actividad económica, ligando entre sí varias regiones para formar una economía nacional organizada. Entre las más importantes de estas influencias, se pueden citar el aumento de la eficiencia, la merma en el costo de los transportes y el progreso en la especialización y división del trabajo. Estos factores estimulan en el productor, el ansia por nuevos mercados, tanto para la obtención de materias primas, como para la colocación de los productos, sin parar mientes en qué parte del mundo se encuentran, llegando a veces, hasta a mover sus fábricas a otras comarcas. De esta manera se han formado grandes empresas o grupos de empresas que extienden sus brazos por todo el país, a la manera como lo hacen los bancos, las industrias metalúrgicas, los almacenes en cadena, los mismos gobiernos, con sus empleados siempre en aumento, etc.

Todo esto ha estimulado grandes movimientos migratorios de población, que han creado una nueva clase nómada, la cual, al llevar y recibir nuevas ideas y gentes, tiende a nivelarse en otros planos sociales, borrando así las diferencias entre regiones. Los dialectos locales y las costumbres lugareñas, van desapareciendo rápidamente. El aumento en el volumen del comercio interregional, acentúa las influencias mutuas entre sus mercados locales y debilita el aislamiento económico en que han vivido.

Por lo tanto, y como resultado de este juego de fuerzas, el municipio tiende a difundirse en la región, y las regiones se integran a su vez, en la economía nacional, con lo cual ésta gana en unidad y cohesión, a expensas de la pérdida de independencia de aquéllas. La nación se convierte así en una unidad económica, lo mismo que en una entidad política, bien definidas.

En vista de lo expuesto, muchos teóricos abstractos llegan a la conclusión de que las entidades municipales y regionales, no son sino restos de un pasado, que tienden a desaparecer, al correr de los tiempos. Sin embargo, al generalizar así sobre el futuro, fundados en las tendencias que se observan en nuestros días, se olvida

el hecho importante de que estas fuerzas están constantemente contrarrestadas por condiciones y situaciones que han existido y que perduran, al efectuarse el proceso del cambio económico anotado.

Desde luego, la cooperación directa personal en las empresas privadas y en el servicio gubernamental, será siempre un fenómeno local, tanto en lo que concierne a las operaciones mecánicas en la industria, como en lo que se refiere a muchas actividades intelectuales. Este carácter local de la cooperación, no se destruye nunca, antes bien, engendra en los que actúan, poderosos vínculos de solidaridad. Además, la expansión de las zonas locales en que tiene lugar la cooperación; el aumento de población en las ciudades, y el progreso continuo de concentración industrial, tienden a aumentar en los municipios y regiones, la diversidad de actividades y el número de hombres capaces. Al sentirse así más capaces estas entidades, de administrar sus propios intereses aumenta la impaciencia que las exaspera, cuando se dan cuenta de las restricciones que los poderes centrales les quieren imponer, y surge la reacción de la independencia, aspiración difícil de sofocar, a medida que crece el número y la suficiencia de tales entidades.

Y qué resulta del antagonismo de estas dos fuerzas, nacidas del crecimiento paralelo de las economías regional y nacional? De un lado, la nación no solamente ha llegado a ser unidad política sino económica, progresando tan ampliamente, que no cabe duda de que se le debe mirar como la unidad más importante, en asuntos económicos. Pero, por otra parte, la economía regional, aún la local, ha crecido también, hasta adquirir cierta independencia e individualidad vigorosas. Además, en algunos países, la dirección de las grandes cadenas de almacenes y de importantes servicios gubernamentales, ha sido descentralizada, hasta poner en peligro la unidad nacional.

Por otra parte, en varios casos, la evolución en este campo tiende a una fuerte centralización, como sucede en Alemania y en Suiza; pero el progreso centralizador—que surgió de un excesivo regionalismo—ha sido lento, lo que prueba su fuerza y vigor, aunque a veces obra desigualmente, haciendo avanzar unas regiones a expensas de la prosperidad de otras.

En resumen, es un hecho que la economía regional ha perdido parte de su independencia, fundiéndose en la nacional. La integración de varias unidades económicas regionales, en una basta eco-

nomía nacional, ha reemplazado la vieja estructura de varias comunidades, unidas entre sí, para formar la regional. Pero el desarrollo de la cooperación inter-regional, no ha destruido la estructura interna de la región misma, antes bien, la ha reforzado. La cooperación de varias regiones, confundidas dentro de los límites de un país, ha evolucionado continuamente con la de la unidad misma, robusteciéndose mutuamente.

En consideración a lo expuesto, cuál deberá ser la política nacional, con respecto a la economía regional? Desde luego, no podrá ser uniforme ni igual para todos los países; debe ser adaptada a cada uno, según su posición, pero en todo caso, deberá cumplir ciertos principios fundamentales.

En primer lugar, la política regional debe dirigirse en el sentido de utilizar, en la mejor manera posible, los recursos naturales de la zona y la habilidad característica de sus habitantes de modo que la nación se enriquezca al enriquecerse la región. Los recursos que no se utilizan, se pierden para el país, al perderse para la región.

Si se quiere que los habitantes de una zona adquieran su máximo progreso, la nación debe concederles libertad de acción, debe darle rienda suelta a sus iniciativas y estímulo a sus energías, todo de acuerdo con las condiciones locales. La dirección de los asuntos regionales debe ponerse en manos de personas que los conozcan, por larga experiencia, y que entiendan las características de la zona que administran. En el campo de la administración pública, lo mismo que en el manejo de los negocios, una centralización excesiva obstaculiza el progreso y paraliza las actividades de la región, poniendo sobre las espaldas de las autoridades centrales, un peso que no pueden llevar bien, debido a que ignoran las condiciones locales. Los inconvenientes de una centralización así extremada, crecen directamente con el número y complejidad de las actividades que se tengan. A ninguna otra causa deben atribuirse los movimientos descentralizadores que surgen en todas partes, frente a gobiernos centrales en su constitución.

Pero el desarrollo independiente de la economía regional, por muy fuerte que sea, no basta para darle su desenvolvimiento máximo. Pasaron ya los tiempos del aislamiento, y por consiguiente, la economía regional depende del contacto continuo de las diversas regiones entre sí, con lo cual se hace posible la cooperación y el intercambio de productos y de hombres.

La homogeneidad nacional en los campos económicos, sociales y políticos; el uso de una misma lengua y la aceptación de tradiciones comunes; la legislación central, que tiene por base la coordinación de las actividades fiscales, tanto para el cobro de los impuestos como para la inversión de las rentas, todo esto se combina para producir una situación benéfica, no sólo para las regiones aisladamente sino para el conjunto nacional.

La política nacional, por lo tanto, debe dirigirse en el sentido de estimular y fortalecer la interdependencia y cooperación de las diversas regiones entre sí, con la finalidad de aceptar las cargas del Estado y de recibir sus beneficios, de una manera equitativa.

Desgraciadamente esto no se consigue siempre dentro de un mismo país, y mucho menos, entre naciones. El antagonismo va, a veces, hasta provocar la guerra, como sucedió en los Estados Unidos, en 1863.

Aunque las diversas regiones deben disfrutar de una libertad de acción considerable, en el manejo de sus propias actividades, es evidente que al gobierno central le incumbe dirigir la orquesta económica. No les corresponde, a las diversas regiones del país, tocar el mismo instrumento ni dar una misma nota: cada una funcionará, según sus características, en forma tal, que bajo la sabia dirección de un común conductor, la sinfonía resulte harmónica.

Por consiguiente, la política de la economía nacional y regional, está basada, como todo en la vida, en elementos discordantes, que han evolucionado y seguirán evolucionando, entre una excesiva centralización que paraliza la adfinistración y entorpece el desenvolvimiento regional, y una descentralización desmedida que pone en peligro la existencia de la nación misma, al crear antagonismos de clases y de regiones, detenidas en su desarrollo natural cooperativo. Entre estos dos extremos, se debe buscar el justo medio racional.

El derrotero para lograr este fin no es igual para todas las naciones, ni para cada una de ellas ha sido o será siempre el mismo. Todo depende de circunstancias especiales de lugar y tiempo. A veces es forzoso aceptar fuertes centralismos, mayor concentración; pero hay casos en que se impone la descentralización, para obtener mayor eficiencia administrativa. Hay países que se adaptan mejor al gobierno central; otros, al federal, todo de acuerdo con su esta-

do de evolución. En ocasiones la industria en manos de los trusts da mejor resultado que en forma disgregada, dispersa. El comercio y la banca andan bien, a veces, manejados por instituciones locales, sin faltar ejemplos de éxito completo, en forma de organizaciones centrales, que disponen de una vasta red de sucursales. En suma, la política nacional, a este respecto, no tiene reglas fijas: todo depende de las características de cada pueblo, las cuales deben ser prudentemente estudiadas, con un alto criterio de discernimiento, flexible o nó, según las circunstancias. Además, el éxito, en uno u otro sentido, depende, en gran manera, de la capacidad de los dirigentes, de su tacto para obrar y para atraer las masas, inspirándoles **confianza**.

Mas, si los métodos y los sistemas cambian, según lo ya expuesto, el objetivo es siempre igual: obtener el desarrollo máximo de todas las regiones, mediante el mejor uso posible de sus recursos y de sus hombres, en forma armónica, con verdadero espíritu de cooperación, que mira a la integración del progreso de la nacionalidad.

En una edad, como la que atravesamos, en que la tecnología industrial y la organización económica, necesitan ensanchar los campos de la cooperación, no solamente entre las naciones sino entre los continentes, la quiebra de la economía nacional y la ruptura de la cadena de la cooperación, provocan inmensa pérdida para las secciones. La economía nacional, y también la internacional, funcionan más eficientemente cuando las unidades constitutivas son pocas y están bien coordinadas entre sí.

Por consiguiente, el objetivo final de la política nacional y regional, debe ser un activo movimiento de cooperación, pero dentro de una bien entendida libertad de acción, para manejar cada cual sus propios intereses, de modo que cada región participe de la prosperidad integral de la nación y soporte equitativamente las cargas que le corresponden.

Se sigue de lo dicho, que la organización de la economía nacional, no puede obtenerse sin **planeamientos** de cooperación, que den por resultado el engranaje de las economías de las regiones que la constituyen. Las unidades esenciales para dicho fin, son los grupos locales, en que los individuos, ligados entre sí, por vínculos estrechos, den a la cooperación, aún dentro del sistema individualista, un tono de colectivismo. Son estos grupos, y no los individuos, los que cooperan para engendrar la economía nacional. Se-

mejante, la grande economía internacional, se deriva del encadenamiento de las economías nacionales. Los recursos naturales y las capacidades de las naciones, deben desarrollarse tan completamente como sea posible, para quedar en condición de ser dirigidas por algún **sabio poder central**, que las ligue entre sí, a la manera como se complementan y fortalecen mutuamente las regiones que constituyen cada una de ellas.

No puede negarse que si Europa se hubiera regido, durante los últimos mil años, como un **Estado Unido**, la vastedad y diversidad de sus recursos, en tan grande territorio, habría dado por resultado una nacionalidad semejante a la de los Estados Unidos de Norte América, con todo su espléndido progreso.

Pero sería utópico esperar que la solución del problema, en un futuro próximo, se verifique de esa manera, en Europa o en el resto del mundo. Mil años de historia no se borran de una pluma, para aplicar una nueva fórmula de vida. Para pasar al mundo ideal bosquejado, partiendo de la realidad actual, se encontrarían enormes dificultades, obstáculos invencibles. Si las diversas naciones llegaran a efectuar sabiamente sus propias organizaciones económicas, la coordinación perfecta de sus actividades estaría siempre entorpecida por la ausencia de una economía homogénea internacional, por las tradiciones antagónicas y por nacionalismos heredados del pasado. En el mundo no se ha desarrollado todavía solidaridad económica internacional, y no habría entidad alguna capaz de dirigir y coordinar las actividades de los diversos pueblos.

Por consiguiente, no hay más que una solución del problema: procurar avanzar progresiva y cautelosamente en la misma dirección señalada para el progreso coordinado inter-regional, tal como queda expuesto en este estudio, aprovechando las lecciones de la experiencia.

Bien entendida, la economía nacional no debe ser una barrera para la internacional, del mismo modo como no lo es para la nacional, la regional. A la verdad, la reversa es verdadera: una economía nacional eficiente, debe ser la base o fundamento para construir, en lo futuro, el sistema económico internacional. Si tanto política como económicamente, la economía internacional no derivara su fuerza de las unidades que la forman, a la manera como la nación la obtiene de sus regiones constitutivas, estaría condenada a permanecer impotente, a no existir.

Medellín, agosto de 1935.